

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7770.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 peset.; tres meses, 6 id.—PROVINCIALES, tres meses, 7.50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, MR. A. LORETTE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS, 4.

Miércoles 12 de Octubre de 1887.

SUSCRICION para socorrer á las infelices víctimas del paludismo:

	Pesetas.
Suma anterior.	1410'50
V. J. T.	50
J. B. B.	5
TOTAL.	1465'50

(Se continuará.)

TIERRA!

12 de Octubre de 1492.

«En el nombre de Dios! Rápido el viento empuje sobre el mar mi nave oscura. . . Al fin llegó el momento de probar que no fué mi pensamiento ni ensueño vano ni febril locura! Al mar! Al mar! De sus movibles olas mi mundo existe por doquier cercado. Y á través de la bruma, á mis frías ojos se retrata, cual blanca cinta de luciente plata que el mar envuelve en su rizada espuma! Así clamaba un navegante osado, de un nuevo mundo en la ignorada zona pensando seductor. Y así, alzado por secreta esperanza, y halagado por el rumor que en la flotante lona de su bajel el céfiro formaba, de la villa de Palos y su puerto el recinto dejaba. Y cuando al mar de Atlante dirigió el rumbo de su nave, en rumbo incierto navegando también su fantasía, delirante ilusión, del mar desierto el límite acercando, le fingía que entre ténuis vapores, cual blanca perla que del mar surgía, vio en pompa y en luz, rico en colores el mundo que soñaba aparecía!

II.

Gigantesco sostén de la esperanza, quién no te pide en su infortunio ayuda y eres la fuerza que á vencer alcanza el horrible temor, que siempre lanza, sobre el propio ideal, la agena duda? ¿Qué anhelo tenía Colón? ¿Qué luz divina un nuevo mundo presentó á sus ojos? ¿Por qué tornaba hacia la azul marina su pupila ante el mar, como si el mar sus entes comprendiera, á la vez en el rango del andoso Atlante el ímán de sus sueños estuviera? Luciente, misteriosa, llama de aquella hoguera poderosa que, en los tiempos del Génesis, la oscura lindeza congelada incendió con el fuego de la vida, y que, á guisa de creador santo y fecundo, supo arrear potente de la Nada la luz, los astros, el espacio, el mundo; otra ráfaga nueva, desprendida del Dios que en los espacios centellen, lativa en lazo del Creador flotando, hasta que arrojente, como luz febea, de los cielos al mundo fué bajando, y en el cerebro de Colón entrando trajo un génesis nuevo en una idea. Un mundo en embrión! Entre la oscura

mente del genovés, en un momento, aquella luz esplendorosa y pura enjendró el movimiento, alas puso á la ardiente fantasía, é hizo que en el fondo del pensamiento aquel cerebro en combustión, bogando por el mar de los grandes ideales, en ilusión mental fuera formando primero un firmamento de zafiro poblado de luceros brilladores; después un mar besando una ribera, un conjunto de selvas y de flores, un valle, una montaña, una colina, un río murmurante, una pradera. . . un mundo en fin. . . ¡Otra creación divina igual en todo á la Creación primera!

III.

Y así como, en el Génesis, flotaba el Espíritu Dios sobre las olas de aquel mar infinito que la sombra caótica formaba; y así como los mundos de granito de sus espumas negras arrancaba; así también, soñando mentalmente, Colón en frágil nave se veía bogando sobre un mar crespo y rugiente, donde, entre espuma liviente, el mundo de sus sueños descubría. Y ¡oh misterio inimitable! ¡Sublime arcano, que el hombre nunca descifrar esperal! Misterio sobrehumano que en realidad convierte el sueño vano, y engendra la verdad en la quimera! El génesis del mundo del marino, al génesis divino era en todo y por todo semejante; pues si el Creador Supremo marcó el comienzo y el primer instante de la Creación, con el raudal sublime de la luz entre el caos pavoroso; como en su mente estaba crear un Universo esplendoroso, que con El y en su mente coexistía como un ensueño amado, el mundo en Dios estaba ya creado, y antes de que El lo hiciera ya existía. Pues bien, del mismo modo, y de la llama brotando que derrama sobre los hombres de la ciencia el río, el mundo de Colón, aquella idea que como luz febea puso en su mente inspiración y brío; aunque ningún osado navegante del mundo aquel su nave vió delante, y tan solo halagueño Colón en él un ideal soñaba, el Nuevo Mundo sobre el mar flotaba siglos y siglos antes de aquel sueño! Brotó la realidad de la quimera! En el libro de Dios estaba escrito que la creación entera, suada la mitad en sombra oscura, ante el génio de hombre descubriera toda su inmensidad y su hermosura. Y el precepto bendito sumisa la Creación, riado obediente la soberana frente, y el mar quiso mostrar todos sus mares, la tierra oscura todo su granito; y en sus dos hemisferios circulares, quiso al fin descubrir el infinito todas sus maravillas estelares!

IV.

Un mundo más! El orbe estremecido á la nueva verdad juró guerra. . . Estrañó hubiese lo contrario sido! ¿Qué idea generosa no ha subido

á la cumbre de un Gólgota en la tierra? La docta grey de sabios ofuscada, la torpe muchedumbre amotinada tuvieron en tan poco la nave que Colón, los prodios, que una y otra con ronca carejada y feroz ironía exclamaron burlándose: — «Está loco!» Mas siempre la verdad se abre camino! El ciego error, la multitud grosera no mudarán los rumbos del destino; secreta voz gritábale al marino, — Tuvo el triunfo será! Sufrir y esperar! Y al fin cruzó su calle de Amargura, y ante una Reina se postró de hinojos; y al fin, en Isabel, de la ventura el iris salvador vieron sus ojos. Y al fin, flotantes las latinas velas y hacia ignotas regiones navegando, algún tiempo después, tres carabelas á su ensueño feliz y bendecido realidad lisonjera le iban dando. Por eso conmovido, de aquella flota viéndose Almirante y al dejar de Castilla la ribera, Colón, en su delirio, se fingía que el nuevo mundo en que soñó constante como perla hermosísima surjía del fondo mujidor del mar de Atlante; y hasta quizás, en su ilusión, creía que rico en pompa y en celestes galas un ángel de los cielos descendía, que empujando la flota con sus alas á descubrir un mundo la impelía!

V.

Pasáronse los días; gentilmente, la vela sobre el mástil desplegada la nave de Colón rápidamente bogaba por los mares, solamente por bonancibles vientos impulsada. Densas nubes de pronto recorriendo la celeste región, y en negras sombras los mares envolviendo, brotar hicieron huracán bravo; y desde el cielo oscuro, fugaz centella se lanzó encendida del Océano en el abismo frío; y de su seno impuro surgió la tempestad, y enfurecida su frente horrible levantó con brío. Pronto la mar, envuelta en densa bruma, mudó sus olas de zafiro y plata en altos montes de rugiente espuma. Azotaba la nave el furioso huracán con ira loca, y el Océano hundirla amenazaba á cada paso en su entreabierto boca. Al horrible estallido del rayo entre las nubes, respondía el ronco vondaal con su bramido, siendo el triste bajel, en tal momento, palenque de luchaban á porfía las iras de la mar con las del viento.

VI.

Era la gente que Colón llevaba sencilla por demás. Creyó estar viendo la cólera de Dios, por la aventura insensata que estaba acometiendo; y arrepentida de su empeño loco, y en sorda rebelión amotinada, — «Vuelvo, — á Colón le dijo turbulenta — vuelve la nave de la patria amada á la risueña orilla. El rugiente fragor de la tormenta, la luz del rayo que en los cielos brilla, todo nos dice que arrojando vamos

la cólera de Dios. El mar nos cierra con su furia el camino. . . ¿A qué buscamos otro mundo, otra tierra, si la tierra y el mundo abandonamos? El mar no tiene límites! ¿Quién sabe, si nos esconde y hunde entre sus olas, adonde irán los restos de esta nave, que será de estas gentes españolas? Grande, inmenso, sin fin, solo consiente que por su fondo azul encuentre paso, el sol: ¡remontarse por Oriente y al hundirse después por el ocaso. Podrás hallar aquí la ola que gime, la tempestad, el piélago profundo, todo lo más hermoso y más sublime, pero jamás encontrarás un mundo! Dios no lo puso aquí! Dios nos advierte con esta tempestad embravecida, que en esta inmensidad reina la muerte, que aquí se acaba el reino de la vida! Con firme voz, sereno y arrogante, y el brazo hacia las olas extendido, el odiado Almirante, entrando por la turba amotinada, «Hombres de poca fé, — gritó, — que ha sido del aliento gigante que en los hombres de mar Dios infundiera? Españoles no sois? Pues ¡adelante! Entre esas olas del rabioso Atlante el Nuevo Mundo á todos nos espera! ¿Qué importa que ese mar ruja animoso, y activo y proceloso pretenda entorpecer con su onda brava nuestra tanta victoria? ¿Os brindo el lauro y desprecia la gloria, y os arredra la mar y es vuestra esclava! Temblais. . . ¿Por qué temblais? Yo nada (siento)

a tempestad alumbra al triunfo mío! Por vez primera el mar ronco y violento siente, en esta región, su torso frío cortado por la nave, y turbulento pretende sacudir el vasallaje; y lacina nieblas y amontona brumas, y sacude sus hombros con coraje, y entre olas ruje, vomitando espumas. Mas ¿qué os importa á todos su olenge? Ley es del mar que su espumosa frente, al pié del hombre, póstrese vencida; ley que en los cielos fulminó potente aquel Creador que puso en nuestra mente luz de su luz y vida de su vida. Rebelde el mar á nuestros pies fermenta y el yugo nuestro sacudir intenta; más Dios, que ve su ley por él hollada, contra el rebelde esclavo dá su espada al ángel destructor de la tormenta. Ved como el monstruo se revuelve airado; escuchad su gigante rugido; mas ved cual por los vientos azotado, deja paso á la nave, y humillado rugiendo á nuestros pies queda vencido. Al mar! Al mar! ¡Que sufra nuestro frenol! En el pecho español no haya desmayo; Dios nuestro triunfo ve de glorias lleno, y Dios lo canta con la voz del trueno, y Dios lo alumbró con la luz del rayo!

VII.

Tal dijo. Dominada la multitud rebelde, y conmovida por la voz elocuente y la mirada severa de Colón, en un instante mudado su temor en noble empuje, — «Sí, — gritó valeroso y decidido; — ¡Viva nuestro Almirante! ¡Viva el mar y nuestra vida! ¡Adelante! ¡adelante!